

HEMEROTECA
PÚBLICA



EL FIGARO

Periódico Artístico y Literario

Certamen de Belleza

EL FIGARO, a imitación de lo que han realizado con extraordinario éxito y brillantez, las publicaciones más notables de Europa y América, abre un Certamen bajo la siguiente pregunta:

¿CUÁL ES LA SEÑORITA MÁS BELLA DE LA HABANA?

La votación se hará por medio de papeletas que se publicarán durante ocho números en la parte superior del dorso de la portada, como se ve en el presente, las cuales, después de llenadas, deberán recortarse y remitirse a las oficinas del periódico: Chacón 17 y Obispo 55.

No sólo pueden tomar parte todos los suscriptores de EL FIGARO, así de la Habana como del interior, sino cuantas personas adquieran el periódico. El voto es anónimo.

En cada número, durante los ocho referidos, se publicarán los nombres de las señoritas que hubiesen obtenido votos, con el número de éstos.

Se suprimen los nombres de las señoritas que sólo han obtenido uno ó dos votos; pero se tendrán en cuenta si se refuerza en lo adelante su votación.

Los escrutinios serán hechos semanalmente por un Jurado de señoras, compuesto de las distinguidas damas, Exema. Sra. Aurora Rivera de Arderius, Rita Du-Quesne del Valle, Condesa de Fernandina, Serafina Gálvez de Sarachaga, Célida del Monte de Del Monte y Adriana Armand de Lavín.

Este Jurado proclamará REINA DE LA BELLEZA a la señorita que obtenga mayor número de sufragios, sumadas las votaciones parciales de las semanas.

El FIGARO publicará, en forma excepcional, el retrato de la triunfadora y el de las cuatro señoritas que la sigan en votación. A aquélla, se le discernirá por el Jurado un rico Diploma de Honor, autorizado por las señoras que lo forman. A estas se les premiará con preciosos regalos.

La vencedora será obsequiada por la empresa de este periódico con un brazalete con un hermoso solitario de brillante; que llevara al dorso el nombre de la Soberana; de dicho brazalete pende una cadena, y a su extremo, en forma de dije, una medalla de oro con una inscripción alegórica en el reverso, y en el anverso, este lema, esmaltado en ónix:

Vous êtes la plus belle des...

y debajo una constelación de estrellas de brillantes, entre las que resalta una Orión de rubí.

Dicho obsequio está expuesto en la preciosa vidriera de *La Acacia*, San Rafael número 12, en la que han sido adquiridas las joyas expresadas. Nuestros lectores pueden juzgar del gusto y mérito artístico de la prenda que regalamos, en la que se pone de manifiesto la excelencia que revelan todas las que salen de *La Acacia*, habiendo procurado que el valor intrínseco del obsequio, sin ser pobre, fuera superado por la sencillez y elegancia.

No hemos pretendido hacer un regalo, sino dedicar un recuerdo.

Esperamos que todos los lectores de EL FIGARO enviarán sus votos, para que adquiera este hermoso Certamen el interés y la importancia que requiere.

Habana, mayo 12 de 1894.



CONFORME habíamos anunciado, el viernes a las cuatro de la tarde, se reunió en la elegante morada de la muy distinguida Amalia Conill de P. de la Riva, el Jurado de Señoras, con el objeto de practicar el último escrutinio del Certamen de Belleza que inició EL FIGARO con tanto éxito, y que ha terminado con desbordante animación é interés excepcional y con el prestigio y la seriedad que le han impreso las respetables damas que constituyen aquél, y por cuyas molestias y bondades les hacemos pública demostración de reconocimiento.

También debemos expresivas gracias a nuestros suscriptores que respondieron a la hermosa idea del Certamen, y a la parte anónima del público que también ha demostrado por el mismo vivísimo interés.

Como era de esperarse, en la actual semana se multiplicaron la solicitud y el empeño de los votantes, según se observará por

el resultado del escrutinio. A juzgar por el número crecido de votos emitidos y por los diferentes colores de las carpetas de donde fueron recortados, muchas personas remitieron al Jurado los que guardaban en su poder desde que se abrió el Certamen. Bueno es notar que la votación se hubiese triplicado, de haber emitido sus votos la totalidad de la suscripción de EL FIGARO.

A las cuatro de la tarde del viernes, la mesa dispuesta al efecto, en Teniente Rey 71, se hallaba cubierta materialmente de sobres. El Jurado procedió a abrirlos y a practicar el escrutinio, con el auxilio de la redacción de este periódico, allí presente, y de varias conocidas personas de esta sociedad que concurrieron al acto, entre las que tenían preferente lugar algunas bellas señoritas.

El resultado obtenido, después de un recuento escrupuloso de los votos, dió los cinco primeros lugares, por el orden en que aparecen, a las señoritas Josefina Herrera,—proclamada en el acto *Reina de la Belleza*,—Herminia del Monte, Blanca Broch, Hortensia del Monte y Catalina Lasa, que fueron declaradas igualmente *Damas de Honor*.

El Jurado determinó, como estaba anunciado en el número anterior, publicar solamente la votación de las agraciadas, con cuyos retratos se engalanará el próximo número de EL FIGARO. Una Comisión de éste, irá personalmente a llevar a dichas señoritas sus premios y diplomas.

Para sustituir a la señora Rita Du Quesne del Valle que se ha ausentado de la Habana, ha sido designada la respetable señora marquesa de Balboa.

Después de terminado el escrutinio, los esposos Pérez de la Riva obsequiaron a los concurrentes con un espléndido refresco.

Este periódico no cerrará su primer Certamen de Belleza, sin hacer llegar el homenaje de su admiración y de sus respetos a cuantas señoritas han sido votadas, y con cuyos nombres se han abrigado durante dos meses las páginas de EL FIGARO.



Practicado por el Jurado de Señoras el escrutinio general del Certamen de Belleza de EL FIGARO, con vista de los votos recibidos durante la actual semana, se ha obtenido para los cinco primeros lugares que constituyen los premios el siguiente resultado:

	Votación anterior	De la presente semana	TOTAL
Josefina Herrera	1048	1070	2118
Herminia Del Monte	1084	799	1883
Blanca Broch	498	179	677
Hortensia Del Monte	493	183	676
Catalina de Lasa	460	205	665

Habana, julio 13 de 1894.—Amalia Conill de P. de la Riva.—Condesa de Fernandina.—Marquesa de Balboa.—Adriana Armand de Lavín.—Célida del Monte de del Monte.—Gloria Perdomo de Morales.





Sumario.

Texto: CERTAMEN DE BELLEZA.—*No smoking*, por Enrique José Varona.—Soledad, poesía, por Manuel S. Carballo.—Ocaso, en el álbum de Virginia Fabregas, por Enrique Fontanills.—José Luis Prado, por *Abduliz*.—Innombrada, poesía, por P. Peniche.—Del libro "Lágrimas Blancas", por Arturo A. Ambrogi.—¡Ataja!, por *M. Remo*.—La hija de Saco, —A María, poesías, por Leda Rodríguez de Tó, Elsa, *Fernán Sánchez*, Valdivia y Cristiana.—Lourdes, por N. Bolet

Peraza.—Prosa sobre versos, por *César de Madrid*.—Mariposas, por B. Byrne.—Regalos de EL FIGARO.—Cuentos para EL FIGARO: Una boda, por Hugues Le Roux, traducido por el *Conde Kostia*.—Adelfas, poesía, por Justo A. Facio.—CRONICA, por Asmodeo.—RETAZOS.—Anuncios.

NOVELA DE EL FIGARO: La aventura de Ladislao Bolski, por Víctor Cherbuliez; traducida por E. J. Varona.

Grabados: José L. Prado, por Taveira.—La hija de Saco.—Una golondrina.—Lourdes: vistas de la Catedral y de la gubia, (fotografiados norte-americanos).—Señora María Herrera de Blanco.—El vapor *María Herrera*.—Srita. Angela González Navarro, por Taveira.—Títulos, vistas, &c., por Taveira, Spencer y Manrique.

"No smoking"

UN discreto y ameno escritor, el señor Hernández Miyares, que se encuentra de paseo en la ciudad imperial, nos ha transmitido sus impresiones neoyorkinas. Leyéndolas, por cierto con mucho agrado, di con un párrafo en que el criollismo del Sr. Hernández se mostraba mortificado, porque sus ojos tropiezan por todas partes con esta recomendación fatídica: *No smoking*.

Las misteriosas letras de fuego, que vió dibujarse sobre el muro sombrío, no espantaron tanto al recalcitrante Baltasar, como al escritor cubano este impertinente *No fumeis*, que apaga el cigarro en su boca de fumador empedernido. ¿No fumar? Pero eso es un horrible castigo para los cubanos. Es como obligarlos á no andar sino de frac. Esto dice el señor Hernández. Y comprendía la abominación del anexionismo.

Sin duda nuestro viajero recordaba, y la boca se le hacía agua, la sabrosa llaneza con que acá se fuma en todas partes, en la cocina y en el comedor, en el salón y en la alcoba, antes y después del baño, antes y después de las comidas, en los omnibus y en los carros, en los parques y teatros, dando el brazo á una señora y á la cabecera de un enfermo. Esta atmósfera humosa, saturada de nicotina, debe ser tan natural al pulmón de un cubano, como su ambiente acuoso á las branquias de un pez. No está probado que la salamandra viviera en el fuego; pero está visto que nosotros podemos vivir y recrearnos en el humo. Lord Brassey nos hizo—¡ay sin sospecharlo!—el más delicado elogio, cuando escribió esta frase, que quizás se le antojaba epigramática: *Smoking is the universal occupation in this land of intolerance*.

Es indudable que este hábito de fumar en todos lados y sobre todo el mundo es eminentemente democrático y aún tiene algo de ascético. Establece la igualdad de todos los ciudadanos ante la mortificación. Es enemigo jurado de todo privilegio. Mi vecino me ahuma y yo lo ahumo. Si yo huelo á tabaco, ¿porqué no ha de oler también el que se sienta á mi lado? El fumar forma parte de nuestros derechos inalienables. Quizás forme el todo. Porque si es verdad que un simple ejecutor de apremios, por decreto de un empleadillo, puede allanar mi domicilio; y un soldado armado de piés á cabeza me puede llevar al vivac porque le di un encontrón; y el fisco puede poner en entredicho todos mis derechos civiles, si no le he pagado la cédula; y el gobierno, cuando le viene á cuento, me viola la correspondencia; y el Estado dispone de mi hacienda sin mi intervención y riéndose de mis protestas; y la venalidad y el privilegio hacen irrisión de cualquier demanda de justicia que interpongo, al menos puedo fumar, sin que ningún ujier hosco me grite: "Guarde reverencia."

Comprendo que nuestro viajero se haya indignado contra ese imperioso consejo, que recuerda tan inoportunamente que no vive uno solo en el mundo, y que no se puede inficionar á saciedad el aire que otro respira. Y me explico que, si alguna vez sorprendió en el claustro de su conciencia tal cual veleidad de anexionismo, haya abjurado de ella con horror en el *smoking room*, entre las aromáticas espiras de humo de su rico habano. Quizás le parecería que un misterioso dedo iba trazando con ellas geroglíficos de extraña significacion, caracteres hieráticos que desarrollaban un dogma singular, refractario á nuestros usos, á nuestras ideas, á nuestra sangre, á nuestro criollismo bonachón y egoísta, que gusta de salirse con la suya, aunque se apeste al prójimo.

No smoking. Es decir, recuerda que todos te respetan y que

debes respetar á todos. Recuerda que tu vecino del momento tiene los mismos derechos á tu consideración, que tu vecino permanente. Recuerda que tus gustos no deben convertirse en el disgusto del que te acompaña. Recuerda que la máxima primera del código de la buena sociedad es: no molestes. Y recuerda que el hombre bien educado debe considerarse siempre en buena sociedad.

No smoking. Es decir, para el buen concierto de los individuos en comunidad no hay nada insignificante. La lesión del derecho más pequeño resulta enorme. No privas á nadie de su aire puro. Respeta su olfato. No le irrites los ojos. Te indignas porque un desconocido te ha pisado un pié. Pues piensa que con idéntica razón se indigna él porque le arrojas á la cara una bocanada de humo. A tí te parece aromático, á él puede parecerle nauseabundo. Te molestas si te salpican de lodo. Otro puede molestarse porque le impregnas la ropa de olor á tabaco. Te exasperas porque esa buena señora sube al omnibus con su falderillo. Pues á la buena señora tu cigarro le produce mareo. Lo conveniente para todos es, ni perro, ni cigarro, ni lodo, ni humo. Piensa siempre que la presencia de otro limita tus antojos, en la misma proporción que tu compañía limita los suyos. No se ha inventado, ni se inventará otra fórmula para andar en paz y sosiego por el mundo.

Dichoso Robinson, estaría pensando el Sr. Hernández Miyares, dichoso Robinson que es el único sajón que ha podido fumar á sus anchas, y eso mientras estuvo solo en su isla. Porque de seguro, desde que fué Friday á aumentar la población, él mismo tomaría un tizón del hogar, y escribiría con gruesos caracteres de tizne por las paredes de su cabaña: *No smoking*.

ENRIQUE JOSÉ VARONA.

Ocaso!

A VIRGINIA FABREGAS

(EN SU ÁLBUM)

A fuerza de dolores y martirios,
me han tornado lóbrega el alma,
pálido el color:
los unos con su odio,
los otros con su amor.

La estrofa de Heine es todo un poema de sentimiento. Yo la he visto *ilustrada* por un pincel exquisito sobre la blancura de una porcelana.

Es un viejo que descansa displicentemente en un banco de una alameda, bajo la fronda de un laurel, en medio de la melancolía del crepúsculo y sin más compañero que su hastío inagotable.

El cuadro es doliente y amargo. Se ve á un vencido, á un decepcionado que anda por la vida siempre con el presentimiento de encontrar su lecho de muerte en el recodo del camino ó en el rincón del paseo en que va á dormir, sin besos, sin oraciones, sin consuelos y... sin pan.

Hay mucho que hace pensar y sentir en el fondo de esa estrofa. ¿Qué ocaso más triste el de toda existencia que se consume en la soledad de los recuerdos, lejos el hombre de los que le han amado y en el aislamiento de los que le han odiado; de los que le han odiado, sí, porque quizás si sea un lenitivo tenerlos cerca en las horas supremas de perdonar!

Julio 94.

ENRIQUE FONTANILLS.

SOLEDAD

PARA EL FIGARO.

Cual ave perseguida,
huyó mi amor del frío de esta vida;
y en rápido volar, tras él se lanza,
dejando mi existencia ennegrecida,
después de envilecerme, la esperanza.

En horas intranquilas,
murieron de mi suerte á los rigores,
fantasmas del anhelo engañosos,
dejándome su sombra en las pupilas,
los placeres, la gloria y los honores.

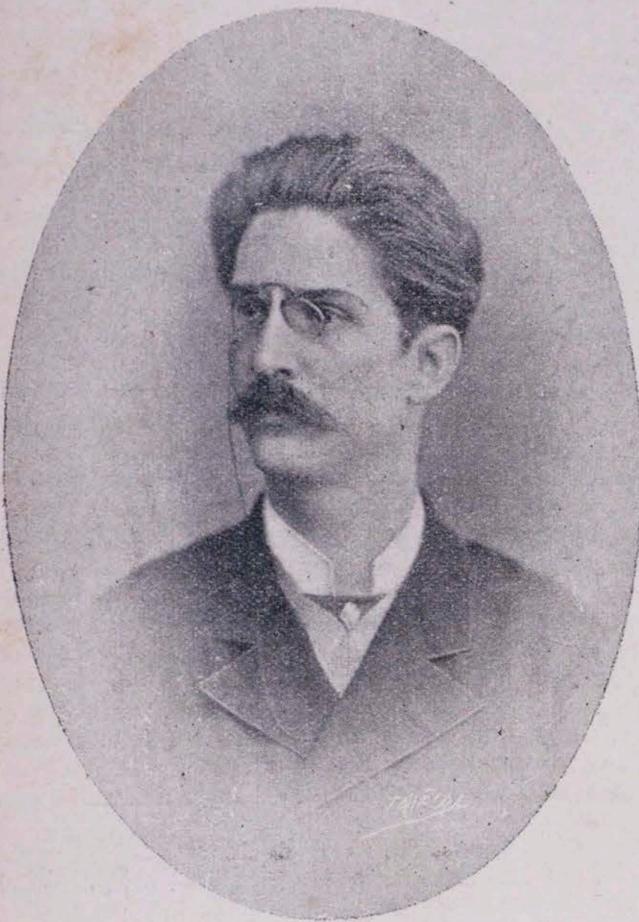
Y en estéril reposo,
ora en la vida, donde nada ansío,
es mi pecho cual príncipe sombrío
que agoniza en su trono silencioso,
mudo señor de un mundo ya vacío.

Julio, 1894.

MANUEL S. CARBALLO.



J. · L. · Prado



José Luis Prado es un matancero natural de Veracruz, un mejicano que ha hecho de Matanzas el solar de su prole y la patria de su espíritu. Méjico aun conserva la partida de bautismo, pero Cuba tiene el corazón de este poeta. Hatuey ha vencido á Moctezuma.

Sin embargo, no hay que suponer—por ser injusto suponerlo—que Prado haya olvidado á su país. . . . Lejos de eso; ama con pasión la hermosa tierra destinada á ser la hermana mayor de las nacionalidades hispano-americanas, pero ha bebido con exceso las aguas del San Juan y ya le es imposible abandonar la ciudad en donde anidan sus más caras afecciones.

Matanzas es para él un ambiente insustituible y no hay en ella quien no le conozca y no le aprecie. Desde el compañero ó el amigo, á quien dirige el más efusivo de los saludos—á la carrera, por supuesto, pues Prado anda siempre muy aprisa—hasta el estudiante á quien mete todo el bachillerato, desde el Liceo en donde recita, representa y adiestra á los aficionados que cultivan el arte de Salvini hasta el corro ó la tertulia en donde siempre tiene á mano un cuento que refiere con gracia y expresión incomparables; desde la redacción de un periódico en que colabora si halla tiempo para ello hasta el *base ball* del que es concurrente asiduo y cronista sin rival, todos—individuos, instituciones y lugares—echarían de menos su presencia si el destino le forzara á trasladarse á otras regiones. Cuando se deja este vacío es porque el hombre llena algo más que el hueco que ocupa cualquier prójimo, es porque su alma se prolonga invadiendo también el alma colectiva de la sociedad en que se agita.

He dicho de Prado que es poeta, mas no teman los lectores que envilezca el calificativo diciendo más de lo que debo. Conozco mucho á Prado y sé que un elogio irracional le ofendería. Por lo general ha escrito sus composiciones obedeciendo á la necesidad de atender á algún reclamo de esos que no pueden eludirse. Por ejemplo: se organiza una

velada literaria y Prado es, para el caso, un elemento indispensable en sus dos aspectos de recitador y de poeta, por que su voz sonora y clara y la habilidad con que revela los matices más exquisitos de la idea hacen del verso, cuando pasa por sus labios, un trozo musical deliciosísimo.

Naturalmente, la poesía alcanza un éxito, pero no siempre vive toda vez que pasada la ocasión cesa el interés que la engendra. Lo mismo sucede con lo que escriba para un álbum, porque Prado, como tantos otros, es una víctima del álbum. Allí se exhibe el fácil versificador que conoce la mecánica del arte, mas no el poeta que canta estimulado por su alma. Cuando llega este momento, cuando interviene algo que le es íntimo, algo que le mueve, entonces se pueden apreciar las cualidades naturales de su númen, entonces surgen las delicadezas y la ternura, si el tema es amatorio, ó la gracia y el ingenio si se propone avalorar su inalterable buen humor con los encantos de la rima. Y á este propósito debo citar una composición muy tierna y melancólica que le inspiró el recuerdo de su madre.

Tal es el recitador, el educador, el aficionado á las tablas y el poeta. Y no digo nada del hombre, aunque el hombre es lo mejor que hay en este matancero. . . de Tlascalá.

ABDULIZ.

INNOMINADA

PARA EL FIGARO.

¡Oh fuerza misteriosa!
¡Oh universal potencia
Que al través del espacio
Infinito sustentas
En sus eternos giros
Las celestes esferas!

¡Oh magnetismo inmenso
Que tu poder ejerces
Sobre cuanto se agita
Y rueda por el éter!
¡Oh atracción de los astros,
Ya empiezo á comprenderte.

Tú eres amor; la misma
Desconocida influencia
Que acerca un alma á otra alma
Atrae á las esferas. . .
La Tierra ama, por eso
Tiene la noche estrellas.

En la luz de los soles
Que constelan el cosmos
Beben su ardiente vida
Los palpitantes globos;
Así la bebe el alma
En la luz de unos ojos.

¡Oh amor! yo soy un astro
Que giro en torno tuyo.
Como del sol en torno
Gira el planeta oscuro;
Dame siquiera un rayo
De tu fulgor fecundo.

Deja que á tí mi rostro
Enamorado vuelva,
Como al fanal del día
Vuelve su faz la tierra;
Enciéndete en mi cielo
Tras de mis noches negras.

Atráeme á tu lumbré
¡Oh amor, centro del alma!
Y como el sol al mundo
Cuando su hoguera caiga,
Abúrame en tu incendio
Y absórbeme en tu llama!

P. PENICHE.

Matanzas, 1894.

Del libro "Páginas Blancas"

MISTICA

A EL FIGARO DE LA HABANA.

¡Salve la vírgen pura, la blanca paloma, divina, auroral, bajo el ala nívea del Arcángel Gabriel, bajo la nave del templo, que llena la salmodia amplia y gemebunda del órgano, la gloria del incienso!

**

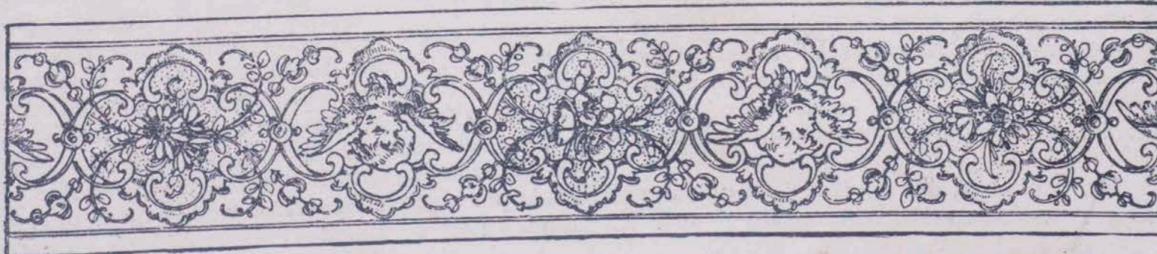
¡Salve el ensueño casto, la flor eucarística, la pálida azucena carnal, vírgen y mártir en los cantares bíblicos!

**

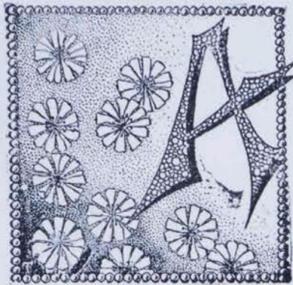
¡Salve la Musa—Ensueño, la niña de Mayo floreal, divina, sideral, bajo el ala nívea del Arcángel Gabriel, á la vera del altar, todo cubierto de blancas rosas abiertas y pálidos cirios llameantes!

22 de Mayo.

ARTURO A. AMBROGI.



¡Ataja!



En esa hora de la noche, las nueve y media, minuto más ó menos, el barrio disfrutaba de una tranquilidad envidiable. Abiertas puertas y ventanas, y encendidas las luces, cada casa ofrecía un cuadro sencillo y consolador. Los niños se habían ido ya á la cama, y las personas mayores quedaban en la sala, respirando paz y sosiego. No se oía un piano; sólo alguno que otro bostezo, franco y destemplado, traspasaba, de dentro á fuera, los umbrales del hogar.

De pronto vino á turbar aquella calma un rumor alarmante, una gritería amenazadora impregnada de cierto tufillo de aguardiente. Los vecinos pusieron en movimiento. Una caterva de descamisados, precipitadamente, á borbotones, salía de la bodega de la esquina.

—¡Caballeros, se acabó—gritó uno del montón—miren que por ahí anda el celador, y que esta noche trae una tranca!...

—Es que yo no soy pendenciero—respondió otro—pero no aguanto que me provoquen.

Don Pepe, el bodeguero, hecho un energúmeno, apareció en escena.

—¡Señores—dijo—ya se las tengo rapatidas la mar de veces: de la bodega lu qui bulguin, peru lu qui es á pruvucá... á la calle!

Y volviéndose á su dependiente, añadió:

—También á tí te lu tengo más que advertidu. Nu ma consientas pulémiques dentru de la bodega; y, sobre todú, cun aquestus plantillerus qui porten plumas en las pates, ¡muchu oju... qui son ñánguirus!

Aquí fué Troya. Una botella voló por encima de aquellas cabezas y fué á estrellarse contra el mostrador de la tienda; sonaron bofetadas, las palabrotas llovían, unos empujaban, otros corrían, y el pavoroso grito de ¡ataja! cual espantoso rugido, llenó el espacio.

—¡Ataja! ¡Ataja!

No quedó un alma. Todo el mundo escurrió el bulto, como por encanto. Don Pepe se parapetó en su bodega, y los vecinos, atolondrados, locos, no acertaban á cerrar sus casas. Oíase un estruendo horroroso. Los portazos se sucedían sin interrupción; aquello era un verdadero cañoneo que parecía no acabar nunca, como si á las maderas de ventanas y puertas, libres de sus pestillos, las azotase el temporal del 46.

Esto duró un buen rato, luego cesaron los golpes. No zumbaba una mosca cuando un vecino se atrevió á sacar la basura y empezó á hacerle preguntas al sereno. A este vecino siguió otro, y así, poco á poco, volvió el barrio á recobrar su aspecto ordinario.

Renacía la confianza, aunque todavía latían los corazones. Era el momento de los cuchicheos y comentarios. Nadie podía dar noticia de lo sucedido en la bodega, más no había una casa donde no hubiese ocurrido algo importante, algún percance de trascendencia.

El sexagenario don Lucas estuvo á pique de perder el poco juicio que le resta. Acababa de tomar un polvo de rapé, y, en la precipitación de los primeros instantes, calóse unos espejuelos de su yerno, que es muy miope, y tartamudo, por más señas. El pobre viejo creyó que se había quedado ciego del susto, se le cortaron los estornudos, y comenzó á dar vueltas de vais por toda la sala.

La señora del procurador, que hacía media hora que se sentía cierta penita en el estómago, á pesar de ser tan gruesa pudo correr desde el último cuarto á cerrar la ventana de la calle, ligerilla de ropas, aunque puesta la levita cruzada de su esposo, que había estado esa tarde en un entierro.

Más grave fué lo de Lolita, la espiritual Lolita, que lleva relaciones de ventana, pero muy ocultas, con el hijo del boticario. Con él hablaba cuando los gritos, se le fué la cabeza, y cayó desmayada sobre una de sus tías, que no la pierde de vista y que ya estaba en el tercer sueño. Al volver en sí se vino á dar cuenta de que tenía en la mano la corbata de su adorado Chicho.

En todas partes se hablaba hasta por los codos.

—¡El herido, el herido—gritaron algunos—ahí traen al herido!

En efecto, un grupo muy numeroso doblaba la esquina y se acercaba á paso ligero. La calle estaba bastante alumbrada. El vecindario era todo ojos.

En primera fila venía, entre guardias de O. P., un hombre en mangas de camisa, tapándose la cara con un pañuelo ensangrentado, al parecer.

—Ese es el *interfecto*—observó con mucha gravedad el dueño de la panadería.

—¡Bendito sea el Santísimo Sacramento!—exclamó una morena—¡si lleva el cuchillo *enterrao* en la espalda!

—¡Que no se lo saquen—gritó otra—porque se queda en el sitio!

Al herido seguía la turbamulta, y cerraba la marcha un vigilante gubernativo, llevando en una mano un par de chancletas pringosas, recogidas frente á la bodega.

Esas chancletas, no cabía duda, eran las del asesino, abandonadas en la huida.

La masa humana siguió sin detenerse, engrosando siempre, y desapareció calle abajo.

Al llegar á la casa de socorro todos hicieron alto. Dentro había mucha gente y la víctima quedóse de pié, junto á la puerta.

Nadie podía explicarse cómo aquel hombre había llegado hasta allí, abierto en canal, como debía de estar.

—¡Qué puñalada!—era la exclamación general.

—Miren, miren—dijo uno—aquel que le va á hablar ahora es un *reposter*, yo lo conozco.

Un joven se acercaba al herido y comenzaba á hacerle preguntas.

—¿Amigo, cómo ocurrió el hecho?

El interrogado, que continuaba cubriéndose el rostro con el pañuelo, respondió con voz fañosa:

—Pues, yo estaba en la cocina cuando oí los gritos de ¡ataja! corrí hacia la sala... la puerta estaba abierta... llegué... iba á cerrar...

—¿Y entonces fué cuando le dieron á V. la puñalada?—le interrumpió el repórter.

—¡Qué puñalada de mis pecados!—exclamó el del pañuelo—¡entonces fué cuando me aplasté las narices entre las hojas de la puerta!

M. REMO.

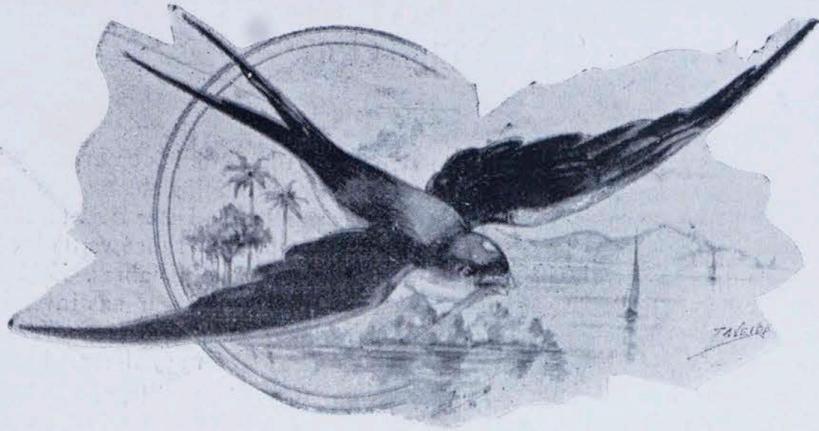
La hija de Saco.

Honramos hoy las páginas de este periódico con el retrato de la hija de Saco, única descendiente del ilustre autor de los famosos *Papeles sobre Cuba* y de la inmortal *Historia de la esclavitud*. La hija de Saco heredó de su padre honradez y modestia, ilustración y talento; pero también heredó la pobreza, casi la indigencia que, en los últimos años de su vida, persiguió al sabio publicista que había gastado su mediana fortuna en pro de las libertades de Cuba.

La hija de un hombre que enorgullece á su patria, de uno de los cerebros más insignes de América, pasa trabajos en la patria misma que á cada instante cita al padre como uno de sus mayores timbres de gloria, y aquellos que recordando á Saco se envanecen por ser sus compatriotas, están en el deber de recordar y proteger á su infortunada hija, á quien EL FIGARO rinde el homenaje de sus respetos y para la que está dispuesto á recibir los donativos con que la filantropía de sus lectores quiera favorecerla.

Con esta excitación que hacemos á la no desmentida caridad de nuestros abonados, continuamos la benéfica propaganda iniciada por algunos periódicos y en la que han sido eficaces palabras nuestros estimados colegas *El País* y *La Lucha*. Publicaremos el nombre de las personas donantes.





A MARIA

¡Oh mi amiga gentil y encantadora!
alma llena de luz y poesía,
gemela en sentimiento de la mía
que por tu ausencia tristemente llora!

Al evocar tu imagen seductora
se alegra el corazón como solía
y en dulce y deleitosa melodía
traduce las ternuras que atesora.

Hoy abandonas la feliz ribera
donde el ensueño acarició tu frente
y la esperanza iluminó tu vida!

Mas... volverá otra vez la primavera!
y la estrella de amor resplandeciente
gozosa te dará la bienvenida!

Julio 10, 1894.

ELSA.

A MARIA

De nuevo el canto de mi lira suena
con un nuevo dolor: ¡adiós, María!
y bien puede sonar, que el arpa mía
no sabe ya sino llorar su pena.

Dichosa tú que vas la ardiente arena
de tu patria á besar, amiga mía:
¡vuelva al puerto el bajel de tu alegría
tras dulces brisas y tras mar serena!

Y si en tu pecho férvidos amores
para esta tierra, generosa, amidas,
y eres presa al partir de duda fiera,

Ve y ofrécele á Iberia gayas flores;
repítale tu afán que no la olvidas
y vuelve pronto aquí, ¡Cuba te espera!

Julio, 1894.

FERNÁN SÁNCHEZ.

A MARIA

NIEBLA DE AUSENCIA

Hoy que vas á surcar los hondos mares
tal vez obedeciendo á tu destino,
alzar quieren el vuelo mis cantares
siguiéndote á lo largo del camino.

Te vas, niña, tan lejos que la pena
se apodera del alma en que te abriga,
y es inútil que piense estar serena
si no se va mi corazón contigo!

Vuelve á empañar de nuevo mi alegría
la nostálgica niebla de la ausencia;
que es mi suerte llorar la lejanía
de aquellos que se van de mi presencia.

Fecundo manantial que gota á gota
va formando el raudal de mi ternura
y en el fondo del alma en donde brota
es su corriente cada vez más pura...

Tornen á errar á la merced del viento
del arpa entristecida las querellas...
tras el raudal bajel mi pensamiento
irá siguiendo las movibles huellas!

Mas ¡ay! en vano á las inquietas ondas
consuelo pediré ni dulce calma,
cuando lejos de mí tarde respondas
á las íntimas notas de mi alma.

Tú sí que escucharás los tristes sonos
y el suspirar doliente en que me pierdo
cuando trémula gime en mis canciones
la tórtola ideal de mi recuerdo...

Pero ¿á qué conmoverte? Placentera
ve recogiendo en el camino flores
y no escuches mi cuita lastimera
sino el himno triunfal de los amores.

¡Yo sé que volverás! el alma mía
presiente ya el placer de tu regreso
y el sol que dore tan hermoso día
nos verá confundidas en un beso!

LOLA RODRIGUEZ DE TIÓ.

Julio 7 de 1894.

A MARIA

Mi nota no es de dolor,
¡oh reina entre afortunadas!
no eres de las desgraciadas
que navegan sin amor.

VALDITA.

A MARIA

Cuando á solas en la ausencia
tus labios pongas aquí,
siente la reviviscencia
del beso de mi existencia
que yo estampo para tí.

CRISTIANA.



“Lourdes”

CINCO capítulos lleva el *Herald* hasta ahora publicados de la nueva novela de Zolá.

Comienza con la salida de los peregrinos que de París se dirigen á Lourdes. Un carro de tercera, del *tren blanco*, va atestado de enfermos, y entre ellos un moribundo desconocido. El carro parece una sala de hospital, con Hermanas de la Asunción en cada compartimiento, las cuales asisten y consuelan á los enfermos. Entre estos figura María Guersaint, una bellísima joven muy pálida, quien durante varios años ha permanecido metida en una caja con aspecto de ataúd. La acompañan su padre y el abate Pierre Fromant. Todo está á cargo de la Hermana Hyacinthe. Entre los peregrinos van: Madame Vincent, que lleva un niño muy grave; Madame Maze, que hace el viaje á Lourdes para rogar á la Virgen que reforme á su vicioso marido; M. Savatier, antiguo Profesor del Liceo Carlemagne, que ha perdido el uso de las piernas; una mujer fabricante de colchones, llamada La Govotte, á quien consume la tisis, y Elisa Rouquet, cuya cara desfigura horriblemente el *lupus*. La Hermana Hyacinthe está refiriendo á los enfermos las relaciones de curas milagrosas verificadas en Lourdes, cuando la interrumpió la aparente agonía del pasajero desconocido.

El abate Pierre se engolfó en un ensueño de su pasada vida. Era hijo de un químico de Neuilly que murió de resultas de una explosión en su laboratorio. La madre de Pierre, creyendo que la muerte del químico era un castigo de Dios, por sus investigaciones científicas, dedicó á su hijo al sacerdocio. Al lado de ellos vivía con su familia M. de Guersaint, arquitecto visionario. Su hija María y Pierre jugaban juntos y al fin se enamoraron. María se cayó de un caballo y recibió una lesión que los médicos no pudieron curar, y que se manifestó por una parálisis total. Como la joven no podía llegar á ser su esposa, Pierre continuó sus estudios y tomó las órdenes sacerdotales. Mientras tanto, habiendo leído las obras de su padre, le habían entrado ciertas dudas sobre las cosas que enseña la iglesia. María se hizo, por el contrario, muy religiosa. Pierre consiente en acompañarla en la peregrinación á Lourdes. Los sufrimientos en el tren eran intensos al llegar á Poitiers. Allí hallan á un médico, y éste examina al desconocido que parece estar agonizando. El doctor resulta ser un antiguo amigo de la Hermana Hyacinthe, á quien ella había asistido cuando él era un pobre estudiante. El enfermo no tiene remedio, y envían por un sacerdote que le administre los óleos.

La escena del carro lleno de enfermos, se presta admirablemente para hacer una descripción realística bien cruda; y Zolá la aprovecha con todo el colorido de su prodigiosa paleta, á tal extremo, que el lector, instintivamente se lleva el pañuelo á las narices, y siente ganas de aspirar sales aromáticas para poder proseguir la lectura. Es un cuadro de nauseabunda hermosura, un capitulito que parece escrito para estómagos de enfermeras. Preferible sería hacer el viaje dentro del carro en que tales cosas se exponen, antes que leer las páginas de Zolá en que ellas se describen. En ninguna de sus anteriores novelas llega el gran maestro del naturalismo á tan alto grado de perfección como en ese cuadro de horror y pestilencia. Es el sublime de lo asqueroso. El trabajo es admirable. En él se verifica el fenómeno de la medicina por sugestión. Un par de párrafos equivalen á una dosis de emético. Zolá ha contado con la náusea como testimonio de su talento.

El abate Pierre, á lo que parece, es en la novela el personaje en quien Zolá pone su propio espíritu crítico. Pierre es sacerdote, pero tiene sus dudas: no cree en las milagrosas curas, pe-

ro respeta la fé de los enfermos y la sinceridad de los que atestiguan los prodigios alcanzados por esa virtud. Pierre tiene simpatías por Bernadette; Zolá también ama á la pobre visionaria; Pierre cree que ella dice verdad, cuando asegura haber visto á la Virgen y oído sus palabras. Zolá cree lo mismo. Pierre que va á Lourdes á continuar sus investigaciones sobre el misterio de la aparición y sobre las extraordinarias curaciones en la Gruta, dice que no quiere analizar ni explicar esos hechos. Zolá también va á Lourdes en pos de datos sobre la vida de Bernadette y sobre los milagros que se cuentan; y dice que *no quiere ni analizarlos ni explicarlos*.

Vamos á copiar del texto algo que nos pondrá en el espíritu de la obra.

“Y el tren continuaba rodando, siempre rodando. Las seis eran cuando dejaron á alguna distancia á la población de Contrás. La Hermana Hyacinthe, de pié y juntando las manos, repetía una vez más:

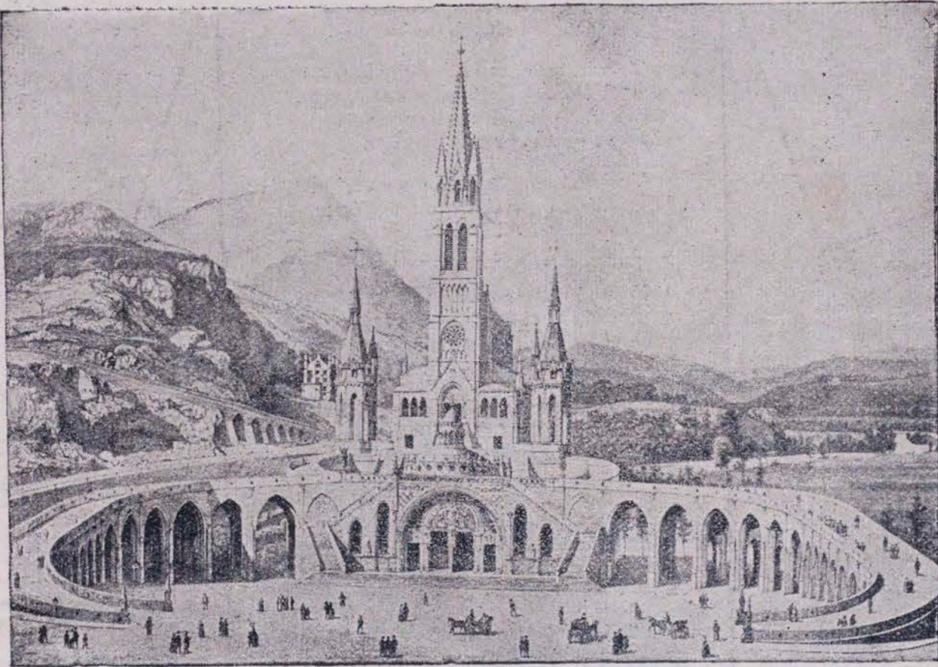
—“El Ave María, hijos míos!

“Jamás fueron “Aves” elevadas con más ferviente fé ó más abrasadas por el ardiente deseo de ser escuchadas por el cielo. Y entónces, súbitamente Pierre comprendió, se explicó claramente, aquellas peregrinaciones, aquellos trenes que rodaban en todo el mundo; aquellas apresuradas multitudes; Lourdes resplandeciendo á lo lejos como la salvación del cuerpo y del alma. ¡Ah! los pobres diablos que el había visto desde la maña-

na destrozados por los sufrimientos, arrastrando sus tristes cuerpos en las fatigas de semejante viaje! Todos condenados, abandonados por la ciencia, rendidos de tanto consultar médicos, de tanto experimentar las torturas de ineficaces remedios. Y bien se podía comprender que, ardiendo en el deseo de vivir, resistiéndose todavía á rendirse á una injusta é indiferente Naturaleza, soñasen con un poder sobrenatural, con una divinidad todopoderosa, que acaso por compasión quisiese destruir leyes establecidas, ó cambiar el curso de las estrellas y retroceder á una nueva Creación.

¿No les quedaban á ellos

Dios, cuando les faltase la tierra? La realidad les era demasiado abominable; y he ahí que en ellos se despertaba un gran anhelo por alguna ilusión, por alguna quimera. ¡Oh!; creer que existe en alguna parte un juez supremo, que endereza los tuertos en personas y cosas; creer que existe un redentor, un consolador, que puede hacer que los torrentes vuelvan á su origen, trocar en juventud la vejez, resucitar á los muertos. Decir, cuando uno está cubierto de llagas, cuando nuestros miembros están dislocados, el estómago hinchado con tumores, los pulmones disueltos; decir que no importa; que todo puede desaparecer y volver á nacer á una señal de la Santa Virgen; y que basta rogarle, tocarla, para obtener de ella el favor de ser escogido. . . . Jamás se escribió un romance más apasionado, para elevar las almas sobre las rudas condiciones de la existencia. Soñar ese sueño es gozar de un dón inefable. Si los Padres de la Asunción vieron año tras año el éxito creciente de sus peregrinaciones, fué porque ellos vendían á un pueblo hambriento de ilusiones, de consolaciones, ese delicioso pan de esperanza, por el cual la humanidad doliente ansiará siempre, sin hartarse jamás. Y no sólo los males físicos pedían ser curados, sino que todo el sér moral é intelectual expresaba su miseria en un insaciable deseo de ventura. Ser dichoso, poner la certidumbre de la vida en la fé, apoyarse hasta la muerte en ese solo y firme báculo: tal era el anhelo que exhalaban todos los pechos; que hacía á todos los males morales ponerse de hinojos pidiendo la continuación de la gracia, la conversión de los seres queridos, la salvación epis-



LOURDES.—VISTA DE LA CATEDRAL.

ritnal de nosotros mismos, y de aquellos á quienes amamos. Este gran clamor se propagaba, subía, llenaba todo el espacio: —ser feliz por siempre, en la vida y en la muerte!”

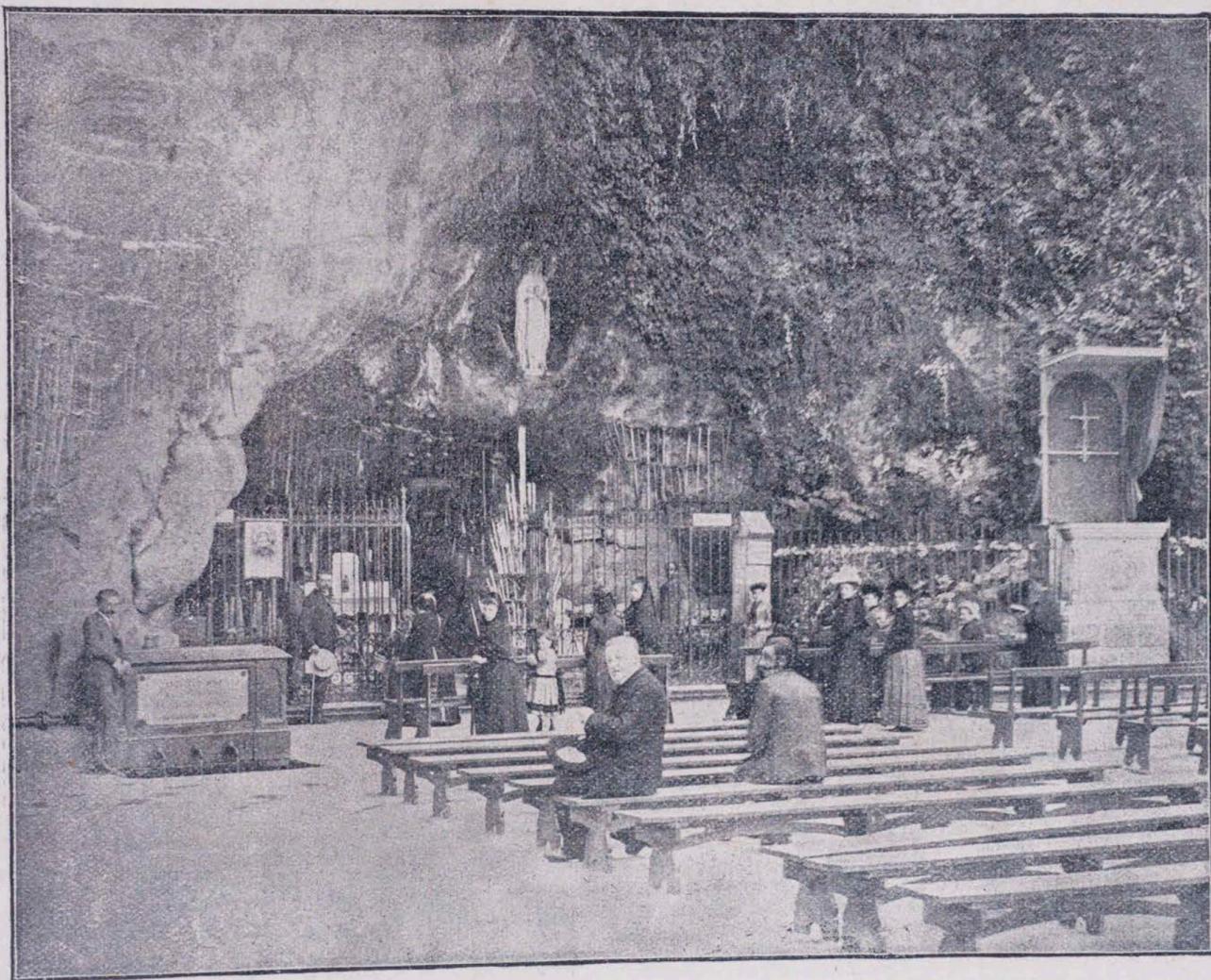
Véase ahora lo que el abate Pierre piensa acerca de la pobre montañesa y sobre su misteriosa visión. El joven sacerdote, instado por María de Guersaint, se ha colocado debajo de la lámpara del wagón, y lee en alta voz, para distraer á los enfermos, la historia de Bernadette en un texto publicado por la prensa católica:

“Al volver la primera página del libro, Pierre dejó de leer. El estilo infantil, las frases huecas le disgustaron. Tenía él en su posesión notas completas de esa extraordinaria historia, se había interesado en el estudio de sus más nimios detalles, y tenía en su corazón el más tierno sentimiento é infinita piedad por Bernadette. Justamente había estado pensando en que podría, al día siguiente, continuar la seria investigación que por tanto tiempo había deseado hacer. Esa era una de las razones que le había decidido á acompañar á María. Y de nuevo sintió despertarse toda la curiosidad respecto de la joven visionaria, á quien amaba porque estaba seguro de que era sincera, cándida y desdichada; pero cuyo caso no quería él analizar ni explicar.

nocida en este mundo, tejida con rayos del sol. La banda, azul celeste, levemente atada, descendía en dos largas cintas, que flotaban agitadas por la brisa matinal. El rosario que llevaba en la diestra mano lo formaban cuentas blancas como la leche, y los engarces y la cruz eran de oro. Y en los desnudos piés, en aquellos adorables piés de nieve vírgen, se posaban dos rosas de oro, las rosas místicas de aquella inmaculada carne de la Madre Divina.”

Pierre se extasía en seguir á Bernadette en las misteriosas escenas de las diferentes apariciones; la pinta obedeciendo el mandato de beber el agua de la fuente que no existe, de comer la yerba que crece al borde de la invisible linfa, la cual brota súbita y milagrosamente bajo sus dedos.

A las once de la noche, la Hermana Hyancithe reclama la hora, y el joven abate tiene que cortar su interesante y conmovedora narración, que ya llegaba al relato de los milagros. Todo el mundo en el wagón hace silencio y trata de dormir. Sólo Pierre continúa pensando en aquella historia, contemplando la fisonomía radiante de fé y esperanza de los enfermos; “y estremeciéndose Pierre al meditar sobre semejante misterio, se siente conmovido en medio de este delirante centro de doliente huma-



LOURDES. —VISTA DE LA GRUTA

Ella ciertamente no había mentido; ella había visto su visión, oído voces como Juana de Arco, y como Juana de Arco, ella salvaría la Francia, según decían los católicos. ¿Cuáles fuerzas fueron las que la produjeron á ella y á su obra? ¿Qué poder había desarrollado en esta miserable niña una visión que trastornó todas las almas creyentes, de manera á producir una renovación de los milagros de los primitivos días y casi á fundar una nueva religión en medio de una bendita ciudad, invadida por exaltadas y numerosas multitudes, como no se tenía noticia desde las Cruzadas?”

Pierre continúa refiriendo la historia de Bernadette, con poca diferencia de como la narran los libros de los católicos, pero siempre con profunda emoción; vagando entre una duda respetuosa y un deseo vehemente de creer las maravillas que le conmueven á medida que las cuenta. Con poética sencillez describe la aparición de la Virgen, tal como la describía la ignorante niña: “Sus ojos eran azules y dulcísimos; la boca rosada y sonriente; el óvalo de la cara resplandecía con la gracia de la juventud y de la maternidad. Debajo del largo velo que de la cabeza á los piés le cubría, veíanse las rubias crenchas de sus preciosos cabellos. Su vestido blanquísimo, debía ser de una tela desco-

nidad. Acabó por repugnarle su poder de raciocinio, trató de identificarse con aquellos humildes seres y se resolvió á creer lo que ellos ereían. ¿De qué valían sus investigaciones fisiológicas sobre Bernadette, tan complicadas y tan llenas de vacíos? ¿Por qué no había de aceptarla á ella como un divino mensajero de lo Alto, una elegida de un cielo desconocido? Los doctores son hombres ignorantes con maneras brutales, mientras que ¿sería tan agradable dejarse arrastrar, en el sueño, por la fe de una niña hasta las regiones de lo imposible!”

En estos y parecidos pasajes de la novela se ve brillar el talento de Zolá. Lo demás es prolijo y pesado. Son descripciones del viaje tan cansadas como el viaje mismo; y la llegada á Lourdes á las tres de la madrugada es lánguida y pobre de interés.

El segundo día lo dedica Zolá á describir á Lourdes, con su paisaje encantador, uno de los más bellos que existen en el mundo, con su deleitoso río de aguas azules como el cielo y de sonoras ondas como si al pasar frente á la gruta murmurasen también una oración; con sus poéticas colinas como elevados altares cubiertos de verde terciopelo; con su templo aéreo y su gruta misteriosa en que, alumbrada por la luz de mil cirios y aclamada por la doliente salve de una multitud anhelosa de salud, res-

plandece la figura dulcísima de la Virgen inmaculada, vestida con su manto niveo, sus bandas celestes y sus luengos cabellos rubios, que parecen cubrir su espalda como una escarba de oro.

Para formar contraste con estas soberbias pinturas del sublime espectáculo que allí ofrecen la naturaleza y el espíritu, trazadas en modo que ningún talento podría superar, tiene Zolá cuadros horribos y grimosos, para los cuales, tornando á echar mano de su paleta inmunda, parece que escarba con verdadero gusto vermicular, las espantosas enfermedades de los pacientes que en busca de un milagro de salud se arrojan en las piscinas.

De estas piscinas, en que se sumergen diariamente centenares de enfermos, dice el gran naturalista lo que vamos á copiar, para que nuestros lectores tengan una idea aproximada de lo que les espera cuando puedan leer la novela entera:—“En esa agua espesa y de aspecto lívido flotaban relucientes escaras ó turbios girones de carne. En la orilla izquierda había un coágulo rojo, como si un tumor acabase de reventar allí mismo.”

El abate Pierre encuentra en Lourdes á un viejo médico, ami-

go suyo, que por haber perdido á su esposa y tener muy enferma á su única hija, se ha hecho creyente, después de haber sido el más obcecado incrédulo de las curaciones milagrosas. Las doctrinas del doctor habían influido grandemente en el espíritu de Pierre: ahora es éste quien duda, y el doctor quien le incita á creer.

La joven María, después de orar en la Gruta durante tres horas, se cree ya en estado de gracia para recibir el baño, segura de que se curará instantáneamente. Se hace sumergir en la piscina, y no recibe alivio alguno. Los curas de la Gruta sumergen también al hombre que murió en el tren, buscando resucitarle. Zolá describe con detalles atroces la zambullida del difunto. El cadáver siguió siendo cadáver; y Zolá, que no hace jamás comentarios, termina esta escena del milagro fallido, haciendo decir al Padre Massias:

“Queridos hermanos, queridas hermanas mías: Dios no ha querido devolvérselo. Sin duda esto ha sido porque en su infinita bondad, Dios lo guarda entre los elegidos.”

New York, 1894.

N. BOLET PERAZA.

Prosa sobre versos

(NOTA BIBLIOGRÁFICA)



A anunciada colección póstuma de poesías de D. Eugenio Sánchez de Fuentes, correspondiente de la Academia Española, acaba de publicarse, y es probable que cuando estos párrafos vean la luz, ya esté de venta en las principales librerías el elegante volumen que contiene la obra lírica del infortunado poeta. Es mi deseo escribir un extenso estudio acerca de tan excelente libro; pero como aun no he podido leerlo con el detenimiento necesario y la imprenta me apura, preciso es que deje mi análisis para más adelante y que, hoy por hoy, me contente con trazar, como reza el subtítulo, una simple nota bibliográfica.

Impreso en cuarto menor, en magnífico papel satinado y con hermosos y limpios caracteres, el tomo de versos del castizo y grandilocuente cantor de Cervantes, es una verdadera joya tipográfica que afirma una vez más el justo crédito de que goza el establecimiento de los hermanos Ruiz. Buena por lo que dice y buena también por la impresión, la obra de Sánchez de Fuentes es de las mejores que en Cuba se han dado á la estampa, de algún tiempo á esta parte, sin hipérbole.

Preceden al libro unos *Preliminares* del insigne orador y sabio literato don Rafael Montoro, magistralmente pensados y desenvueltos, como todo lo que nace de su pluma privilegiada, y siguen á este proemio admirable los curiosos apuntes para una biografía de Sánchez de Fuentes, que insertó en esta misma publicación, me parece que por enero de este año, el distinguido bibliófilo y bibliógrafo Dr. Vidal Morales y Morales. Después, continúan las exquisitas advertencias *Al que leyere*, que tenía trazadas para su libro el substancioso autor de *Triana y la Macarena*, advertencias que respiran ternura y que son algo así como el grito de la modestia sofocada bajo el peso de laureles inmarcesibles. La verdad es que pocos introitos he leído que sean tan simpáticos como este en que me ocupo; Sánchez de Fuentes es franco y confiesa que al coleccionar sus versos no cede á instancias reiteradas de ningunos amigos—¿para qué ocultar los propios deseos detrás de la mentira?—sino que los publica espontáneamente, por la sencilla razón de que así le ha venido en ganas, y porque desea que su joven y buena esposa y sus excelentes hijos puedan leer en el mañana los cantos nacidos de la bien cortada péñola del poeta.

Siguiendo el paseo á que me he propuesto llevar al lector por las XXXII más 363 páginas de que consta el volumen, á continuación de las advertencias hallaremos el rico tesoro del feliz ingenio del artista y advertiremos con regocijo que, para el mejor conocimiento del literato, los versos están divididos, con muy buen acierto, en dos partes llamadas *Preludios*, la primera, y *Ecos de las Antillas*, la otra. Forman los *Preludios* veintiuna composiciones originales que fueron escritas en la juventud del notable lírico, allá en la patria española, y que principiando con la tierna balada *El niño y el poeta*, de fama universal, concluyen con la leyenda caballeresca, de marcado sabor romántico, *Morir sin honra, por honra*. La parte segunda, ó sea los *Ecos de las Antillas*, pertenece á otro período de la vida un tanto aventurera de Sánchez de Fuentes: al período americano, y está constituida por noventa y siete producciones, de las que no debe desecharse ninguna, compuestas en Puerto Rico ó en Cuba, durante la carrera administrativa y judicial del ilustre desaparecido, y de las cuales poesías once son traducciones inmejorables de Safo, de Ovidio, del conde de Leublfing, de Gray, de Broome, Hugo, Aribau, Parsenese y Verdaguer. Por manera que, sumando, ciento dieciocho es el número de composiciones coleccionadas, cifra á que no han llegado muchos de los que son tenidos por fecundos.

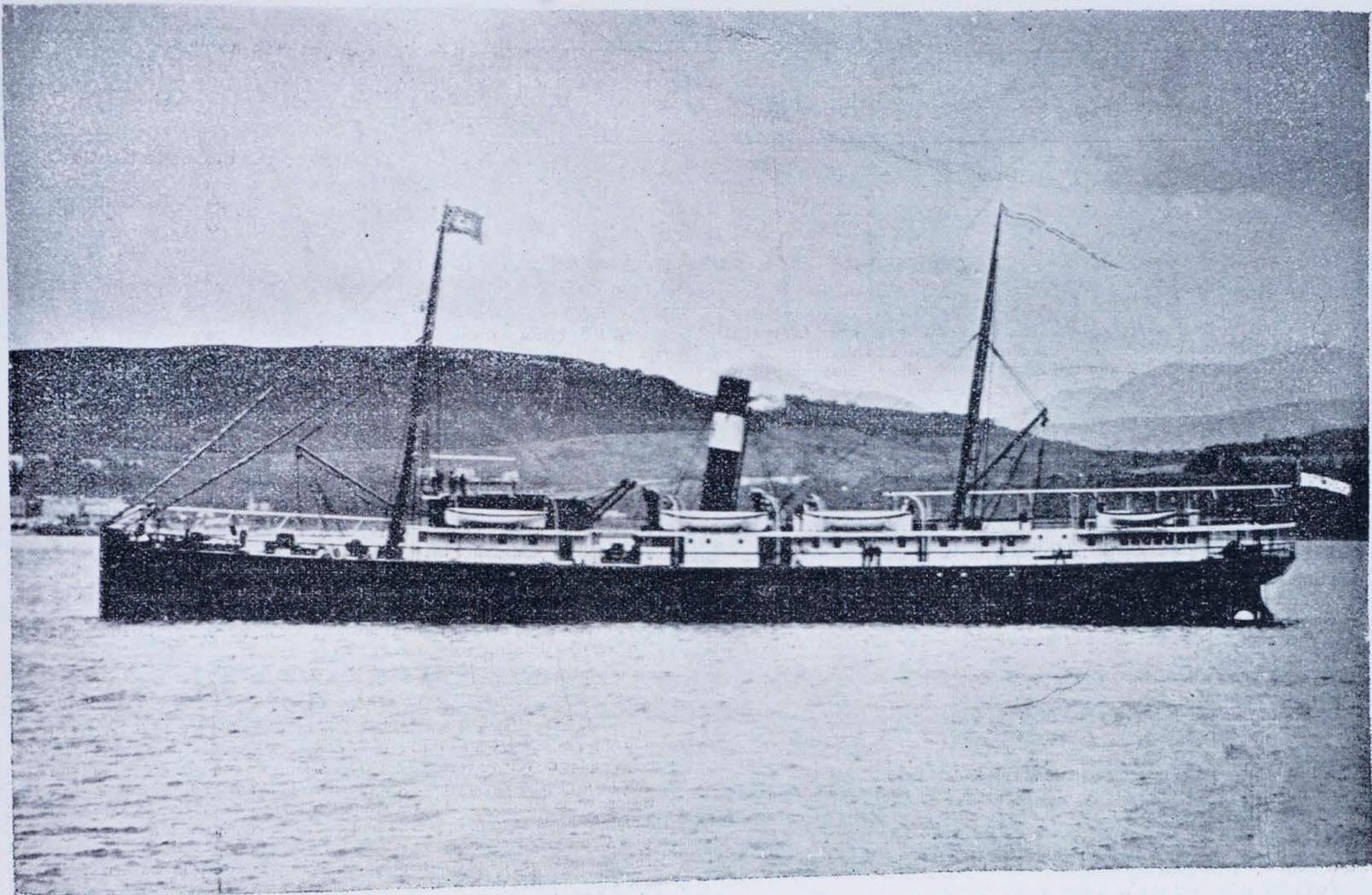
Al través de las estrofas marmóreas y llenas de luz cristiana de Sánchez de Fuentes, se advierte la nobleza de alma y elevación de miras, que eran las características de aquel anciano venerable, de todos querido y por todos respetado. Lírico por excelencia, y lírico *subjetivo*—si la frase se me permite, aun cuando peque por redundante—no tiene una sola poesía en que no haya depositado un pedazo del alma, de suerte que recorriendo el manojó de sus cantos, no sólo se conoce su proceso literario, sino el psíquico también. Su obra representa toda una vida, y esta condición es una de las que hace más interesante, á los ojos de la crítica contemporánea, la labor de un poeta. Después, la claridad con que están expuestos los pensamientos, la naturalidad de éstos, el cuidado de la forma y lo castizo del lenguaje, agrandan el valer del autor de *Risa y Llanto*. Sánchez de Fuentes fué un cerebro sano; aborrecía, con sobrada razón, á parnasinos y diabólicos, simbolistas y estéticos, decadentes y pornográficos, esos enfermos de las letras y las artes, ó degenerados, como los apellida Max Nordau. Para mí, que prefiero una mediana encaminada hacia lo racional, á un genio extraviado, el autor de que



SRA. MARÍA HERRERA DE BLANCO

Que ha dado nombre al último barco de la flota «Sobrinos de Herrera.»

me ocupo cuenta entre sus méritos el haber huido de la turbamulta perjudicial que nos atolondra con sus extravagancias fin de siglo. En el libro de Sánchez de Fuentes no existe ninguna poesía caótica, de esas á que se refiere Pompeyo Gener en las *Literaturas Malsanas*; no hay estrofas huecas de sentido, de las que se reducen á palabrería insoportable, como muchas de Manuel del Palacio, como las estrofas de las *Névrotes*, de Rollinat, y como todas, ó casi todas, las de Mallarmé; no se advierte ninguna perniciosa influencia extranjera. No, Sánchez de Fuentes era un poeta esencialmente español, tenía algo de Garcilaso y de Fray Luis de León—á quienes dedicó sendos y esculturales sonetos—su inspiración no era forzada, y cuando cantaba era para decir algo que tuviese enjundia. Prefería, en ocasiones, tocar lugares comunes, pero en versos fáciles y bonitos, á meterse á innovar á la manera que lo está haciendo la actual juventud. Cuanto creía lo creía, con fe del alma, no con fe cerebral, ó falsa, como la de los diabólicos contemporáneos. Yo no soy cristiano, ni ganas tengo de serlo, y sin embargo, admiraba la



EL "MARÍA HERRERA"
Vapor recién construido, de la Empresa "Sobrinos de Herrera."

decisión, sin rayar en fanatismo, con que el ilustre poeta creía en la fábula católica. Los hombres deben ser así, como Sánchez de Fuentes, lo mismo en la conducta pública que en la privada, en lo exterior que en lo psíquico; deben aceptar por norma el dilema del trágico inglés: *to be or not to be*, ó el estribillo de Heine: *tout ó rien*, ó la frase de Goethe: *siempre ó jamás*. Sánchez de Fuentes fué un hombre, al modo que Diógenes lo entendía.

Decididamente, desde la aparición de las poesías de Mendive, no se ha publicado en la isla un tomo de versos que iguale al tomo de que estoy hablando, ni por la forma, ni por el fondo de las concepciones, ni por la tendencia, ni por la brillantez del lirismo. Odas como las tituladas *A Colón*, *A Cervantes*, *A Isabel la Católica*, *Mi deseo*, etc.; leyendas como *El repto de un castellano* y *Morir sin honra, por honra*; elegías como las dedicadas á D. Alberto Lista y á Garcilaso; sonetos como el llamado *A Cuba*, y tantas y tantas otras composiciones de mérito indiscutible, bastan y sobran para perpetuar, en el rico parnaso criollo, la memoria del anciano venerable.

Pone término á la obra de Sánchez de Fuentes una serie de notas aclarativas—son quince—con que los hijos del autor, coleccionadores de las poesías de éste, ilustran cuantos lugares pudieran resultar íntimos y refieren la historia de algunas de aquellas, que sin la explicación dada no serían debidamente comprendidas por los lectores profanos á los orígenes. Y no ha sido esta la sola faena meritoria de mis jóvenes amigos, sino que, como personas inteligentes que son y versadas en asuntos de artes y de bibliografía, se han cuidado mucho de colocar al pié de cada composición el punto, mes y año en que fué escrita.

Ahora, para terminar, permítaseme un desahogo que quizás no faite á quien le parezca extemporáneo. De la manera que Sánchez de Fuentes ha muerto, bien se puede morir; el hombre desaparece, pero su obra queda; luchó para

“en la honda perpétua de la historia
dejar la vibración de su palabra,”

y lo ha conseguido. Sin embargo, andando el tiempo, se realizará el mayor deseo del bardo: *Fernán Sánchez*, hijo del eterno fenecido, mucho más poeta que su padre (ya he dicho en otra ocasión que los hijos, que continúan las aficiones artísticas de los padres, superan á éstos; ejemplos: Moratín, Dumás, Otero . . .), más modernista, llevará á mayor altura, en la lírica castellana, el ya selecto apellido de Sánchez de Fuentes. Por tanto, al despedirme del anciano poeta, saludo al nuevo elegido de las musas. Paz á los restos de aquél, gloria al porvenir de éste.

Martes 10 julio 94.

CÉSAR DE MADRID.

MARIPOSAS

Siempre que miro una estrella
perdida en la inmensidad
imagino que es más bella,
y quisiera junto á ella
compartir su soledad.

En tu mirada amorosa
si en mí la fijas en calma;
una sutil mariposa
volando sobre la fosa
que tengo abierta en el alma.

La primer vez que te vi
fué tan honda la impresión
que tú me causaste á mí,
¡tan honda! que te sentí
entrar en mi corazón.

B. BYRNE

Regalos de "El Figaro."

LA Empresa de este periódico corresponde al creciente favor que el público le dispensa, obsequiando á sus abonados con regalos de gran valor, habiendo acordado los siguientes para el 2º semestre de 1894.

UN MAGNÍFICO PIANO DE CUERDAS CRUZADAS, del gran fabricante Bernareggi, socio de la casa de Boisselots Fils. Dicho piano está expuesto al público en el *Salón Pola*, calle del Obispo, y se rifará entre los suscriptores por el sorteo de la Lotería de esta Isla, correspondiente al 29 de Septiembre próximo.

Por el sorteo de Navidad, como regalo de Pascuas, rifaremos un elegante y magnífico juego de sala, estilo Luís XIV.

Los recibos de suscripción de los meses de Agosto y Septiembre llevarán los números correspondientes á cada abonado, para la rifa del piano.

Los que hayan pagado plazos de suscripción adelantados en que estén comprendidos los referidos meses, recibirán oportunamente los números para entrar en suerte.

Los suscriptores del interior deberán reclamar al Agente respectivo los recibos numerados que á cada uno se remitirá por esta Administración, tan pronto como recibamos lista nominal de aquéllos. Los Agentes que tengan pendientes sus liquidaciones así como los suscriptores directos que estén en descubierto con esta Administración, deberán saldar sus cuentas para tener derecho á entrar en las rifas de nuestros regalos.

Los recibos de anuncios del comercio y los de profesiones de nuestro Directorio, llevarán también números para la rifa.

El lunes, á las diez de la mañana, rifaremos entre las suscriptoras de la Habana, un magnífico corte de olán, que con ese objeto nos ha regalado la popular tienda de ropas *La Casa Grande*. Dicha rifa se efectuará en el *Salón Pola*, calle del Obispo, rogando á nuestros lectores acudan á presenciarla.

Cuentos * para * "El * Figaro"

Traducidos por el Conde Kostia

Una boda

XBA YO, desde el Trocadero, solo, en el gran *tranvia*, vacío aquel día. El conductor se había sentado en la banqueta, enfrente de mí; contaba su dinero, aburridísimo y cansado, de ese cansancio muscular de los hombres que viven de pié, de los soldados á la orilla de los fosos y en los altos de las marchas. Al llegar al Arco de Triunfo, salió á la plataforma y gritó la correspondencia, con voz dormida.

Unas veinte sombras esperaban sobre la acera. Se precipitaron, como un montón de pavas, con gritos, y una batahola inútil. En un segundo, el *tranvia* se llenó. Y yo me encontré acurrucado en un rincón y oprimido por una mujer enorme, una especie de Mere Gigogne, opulenta y desplomada, que desbordaba por encima de mis rodillas.

En cuanto se sentaron, mis compañeros de viaje empezaron á reírse. Esa sofocación, que me era tan desagradable, y que enseguida me arrojó sobre la plataforma, los hacía desternillarse de gozo.

A mi salida á la plataforma resonaron ¡bravos! Todo el *tranvia* era de ellos, como si hubieran alquilado un coche.

Alcé el cuello de mi levita, á causa de la frescura de la noche, y dije, gruñendo, al conductor:

—Qué gente es esta?

Él me respondió:

—Si es una boda! No ha visto Vd. á la novia?

—En donde está?

—En el fondo, sentada en el banquillo.

Ella estaba con la espalda pegada al cartel del *Buen Genio*, con una aureola rojiza de luz de petróleo que temblaba tras ella y naufragaba en los tumbos del *tranvia*. Sin edad, casi sin sexo, sus cabellos—entre el blanco y el rojo—salían enmarañados por debajo de su velo. Su corona de azahar se había inclinado hacia un lado, con el moño, como una gorra inclinada hacia una oreja. Y en el blanco arrugado y dudoso de su muselina, parecía un sillón bajo su funda y una *almec* de carnaval.

A cada lado, en los asientos, alineábase, con rigideces y torpezas de muñecos, personajes extravagantes, como vemos en las ferias ofreciendo sus narices á la pelota de los aficionados. La intermitencia de la luz, el baile de las sombras sobre las caras, acusaban las arrugas, endurecían el relieve de las facciones.

Y el *endomingamiento*, en levitones cortados por carpinteros, á hachazos, acababa de dar un aspecto de caricaturas á esos cuerpos, desequilibrados por el trabajo, tirados de través por la monotonía de un esfuerzo profesional, único.

Desde por la mañana, estal an divirtiéndose. Cada hora del día había sido marcada, como un camino de la cruz, por tragos, consumos de litros á diez y seis, por los de *cognac* en todas las esquinas de todas las calles, á la entrada de la alcaldía y á la salida de la iglesia.

Como no había dinero para pagarse el lujo de coches, habían ido hasta el *Bois en omnibus* ó en el *bateau-mouche*, para comer, en una taberna de Billancourt, una fritura, un guiso y los huevos á la nieve, tradicionales. Durante el día, los caballeros habían paseado en bote á las señoras, montado sobre caballos de madera ó jugado á "la gallina ciega." Después, habían comido frugalmente, porque los bolsillos estaban vacíos, y habían vuelto á pié, por la avenida de Neuilly, borrachos de *vino azul*, de risa y de fatiga, excitados por las frases libertinas de los postres, las barcarolas, los refranes de las coplas, los besos y los pellizcos á las damas.

Busqué con los ojos al novio.

No estaba sentado al lado de su mujer, sino junto á una señorita vestida de azul á quien él le hablaba en secreto, abominablemente borracho, con movimientos de cabeza, y, á cada sobresalto de la rueda, con golpes de la barba en su corbata blanca.

Más joven que su esposa, tan insignificante como ella; el busto demasiado largo, las piernas flacas, parecía un mal nacido, un anónimo, como uno de

esos perros de encrucijada, cojos y raquíticos sobre sus patas—como los que se traían en furgones á la frontera.

Por qué se habían casado esos dos seres?

No seguramente por dinero, puesto que entre los dos, reuniendo sus alcancías, no habían podido ni siquiera pagarse el *landeau*, que es el orgullo de los matrimonios pobres.

No era tampoco porque la amara mucho. Bastaba mirar á la recién casada para comprender mi afirmación. Se habían casado porque sí, sin saber por qué, por pedir al amo unos días de asueto, por darse una importancia de un día á los ojos de la Ley, de la Iglesia y de sus amigos; por ver gente apiñarse al pasar ellos, á la salida de la casa; por casarse, en una palabra.

Así, sin pudor y sin celos, llena de vino la cabeza, atiborrado de alimentos, oscilando entre el deseo y el sueño, cada uno de ellos arrullaba en su rincón. Mientras el hombre coqueteaba con la señorita vestida de azul, la esposa inclinaba la cabeza sobre el hombro del que se hallaba á su lado.

Rizado como un falderillo, rosadas las mejillas, afeitado, aquel seductor la miraba con ojos de carnero degollado.

El resto de la banda, entretanto, habiéndose divertido muchísimo con su entrada y mi salida, buscaba otro asunto de distracción. En aquella penuria, todas las ganas de reír se volvían, como atenciones de músicos del lado de un director de orquesta, hacia un señor á quien no había visto al principio. Era el gracioso de la banda. Había escogido, por blanco de sus burlas, un pobre hombre de pelo ya canoso, salpicado de pecas, que consideraba á su verdugo con ojos á un tiempo suplicantes y atonados.

Evidentemente, desde por la mañana, habían puesto á pruebas crueles la paciencia de su burro de carga.

Así, el pobre hombre abrió las manos con gesto desolado y que pedía perdón, cuando el otro bellaco, guiñando un ojo, dijo:

—Creo que ha llegado el momento. Victor, quítale á la novia los zapatos, pues va á acostarse.

Una tempestad de risas acogió la guasona proposición. Y antes de que hubiera oído bien la frase del otro, el pobre diablo fué arrancado de la banqueta, y por los hombros, por la espalda, á lo largo del *tranvia*, empujado hacia el banquillo, donde se hallaba la novia.

Pero era rechoncho, y enganándose con manos y piés, aquí y allí, resistía, como un mulo ante un foso. Los hombres le daban puñetazos en las piernas y las manos; las mujeres se echaban hácia el respaldo de sus asientos, riéndose muchísimo y tapándose las caras con las manos. Entonces, el atormentador usó de una estratagemas.

Por sorpresa, arrancó el sombrero de su víctima y brutalmente lo envió á los piés de la recién casada.

El otro dió un salto para cojerlo, pero no pudo evitar, que cuando pasaba le dieran *la mar* de bastonazos y paraguazos. Sin embargo, agarró el sombrero y se levantó súbito, libre al fin de su dulzura, apretados los puños y los ojos tan llenos de relámpagos que los guasanos no insistieron más.

—Basta!—gritó, erizando su bigotazo rudo, cortado como un cepillo.—Al primero que vuelva á tocar mi sombrero, le atravieso la barriga! Ya sabéis que me lo han prestado y que tengo que responder de él.

Sus ojos arrojaban llamas cortas, con claridades de alcohol. Nadie insistió, pero mientras el buen hombre alisaba, murmurando, la felpa de la chistera, para disipar aquella frialdad súbita de todos, para borrar la enfadosa impresión causada por aquel accidente imprevisto, la buena Mere Gigogne entonó este *refran*, pronto asido á coro por toda la boda, y rimado por el galope nocturno de los caballos sobre el pavimento:

Ah! le joli drap
que le drap d'amours!

HUGUES LE ROUX.

ADELFA

Esforzado galán de la Esperanza,
á quien mi mente sin cesar invoca,
ayer rompí mi postrimera lanza
por sólo una sonrisa de tu boca.

Burlóme la taimada sin clemencia:
hoy mirando con llanto lo que dejo,
en el barco fugaz de la existencia
de la Cirse fantástica me alejo!

En la lucha perenne de la vida
por una vaga sombra de quimera,
con rabia u-é para vendar mi herida
el último girón de mi bandera.

Ya la voz de mi espíritu cansado
á gloriosos combates no me llama:
soy un obscuro paladín cruzado
sin Dios, sin ilusiones y sin dama!



En dulce perspectiva que me place
tiende á mis ojos el pasado un velo,
cual luz crepuscular que se deshace
sobre un pedazo del azul del cielo.

¡Cuántas polres in ágenes sin brillo,
mas ornada de rosas sin espora,
con ansiedad de scñador sencillo
nuestra mente allá lejos adivina!

Yo que llevo en mis ojos el espanto
de la mezquina terrenal historia,
recorro solo y con secreto encanto
el mundo sideral de mi memoria.

Allí el recuerdo su caudal renueva,
mientras el alma que sin fe resiste
en él con ansia y con deleite prueba
la enfermiza dulzura de lo triste.

BIBLIOTECA NACIONAL
JOSE MARTI
Habana, Cuba

Crónica

A JOSEFINA HERRERA

Reina de la *Belleza* del Certamen de El FIGARO.

Aver puse la línea en blanco, hoy dedico ya á la soberana de nuestra hermosura, esta crónica desaliñada, donde sólo verán los dulces ojos de *Jossie*, como la llamaba el inolvidable Raoul Cay, la expresión de un homenaje, los aplausos y las enhorabuenas que recojo de la sociedad elegante habanera, y que deposito ante sus plantas.

Pase la feliz triunfadora, digna del cielo, orlada la nivea frente de lauros y ceñida al brazo tornátil el aplaudido brazalete que la consagra *Reina de la Belleza*.

Mis frases también á las hermosísimas *Damas de Honor*, Herminia del Monte, Blanca Broch, Hortensia del Monte y Catalina de Lasa, dignas por igual del premio.

Nuestros votantes han elegido bien. ¡Qué seducoras emisarias para un Parlamento!

Damitas, salud!

En la tarde de hoy, sábado, se embarca con dirección á N. York, desde donde continuará al Havre, en la *Touranne*, la muy distinguida y estimada familia de nuestro querido amigo don Enrique Conill. En los instantes que éste parte, bien podemos decir que es el aplaudido autor de la monografía *Waterloo*. Así es que se lleva *E. C. Ramirez*, despedidas y felicitaciones.

Su elegante y bella esposa, la señora Rosa Rafecas de Conill, distingue á EL FIGARO con el encargo de que la despida de sus amistades.

Varias causas, entre ellas la luxación de un pie sufrida por su hijo Enrique, por la caída de un caballo, le impidió cumplir con ese grato deber. Nosotros lo hacemos en su nombre y tanto á ella como á su señora madre, á sus niños y á sus hermanas, las bellas señoritas Inés y Concepción Pagés, les deseamos muy feliz viaje y satisfacciones en el año que permanecerán en Europa.

Aquí quedan muchos corazones que las recuerdan.

Una despedida afectuosísima, en la que vimos á toda la buena sociedad habanera, fué la que se les dispensó el martes último, á la señora Rita Du-Quesne, á su hija Juanilla y á la angelical María Amblard.

En el remolcador *Aguila* fueron á decirles, no *adiós*, sino *hasta pronto*, muchas familias y caballeros.

El *Ciudad Condal* salió esta vez orgulloso como nunca con esas tres amigas, y escoltado por muchos vaporcitos, desde donde no cesaron de agitarse los pañuelos, hasta que el gran barco ya se perdía en esa línea triste de la lejanía que se acerca al horizonte y por donde vuela siempre el pensamiento de los llorosos que se se quedan, preguntándose *in mente*:
¿Las volveré á ver?

Las aguas habrán domado sus cólera, el cielo sus tempestades, los elementos todas sus iras, para que en estos momentos se hallen las viajeras en New York, en vísperas de embarcarse de nuevo para Liverpool.

Rita, Juanilla y María irán después á Londres, á París, á baños, á Madrid, *et sic de ceteris*, y regresarán á fines de año.

Que por do quiera hallen la dicha á que son acreedoras.

Pasaron, muy favorecidos por el público, los beneficios de la *Mary* y de *Eva Cancl.* *El Indiano* de ésta, es obra muy inferior á *La Mulata*, como documento teatral. Su primer acto es bueno; el segundo decae en su brusco final, y el tercero es debilísimo. Este es el juicio unánime de los que examinan sin apasionarse por la laboriosa autora, y sin tampoco dejar de reconocer sus méritos. Es una luchadora y esta es ya una gran virtud en época donde tantas decepciones se recogen en la vida pública.

A propósito de beneficios, se acerca el de nuestro caro compañero y amigo, el eminente actor Luis Roncoroni.

También publicamos en otra página el retrato de la respetable y distinguida señora esposa de D. Cosme Blanco, María Herrera, de quien ha tomado nombre el buque; pero la publicación de este retrato no nos la ha impuesto la actualidad precisamente, por más que la tenga grande en estos momentos: nos la han impuesto las bondades y virtudes de la dama, cuya grandeza moral se revela en un semblante dulce y bello al que nunca ha coloreado el rubor de ningún remordimiento.

María Herrera es la sencillez misma: pudiendo hacer la vida del gran mundo, se contenta con hacer vida tranquila, modesta, dando calor y ennobleciendo con sus virtudes el hogar en que es reina y señora.

Señoritas villaclareñas



ANGELA GONZALEZ NAVARRO

Auroras bellas y refulgentes, brisas fragantes y deliciosas, jardines frescos y sonrientes, traedme luces resplandecientes, traedme alisios, traedme rosas.

Sabemos que los simpáticos *muchachos de la Acera*, le ayudarán, que Roncoroni recitará tres monólogos en distintos idiomas, y que otras sorpresas se preparan.

El primer actor italiano es digno por sus facultades artísticas y por sus cualidades como caballero, de que la Habana entera asista á su beneficio. Y asistirá, no lo dudamos.

Para rendir el tributo que EL FIGARO se ha impuesto á la actualidad, ha engalanado el presente número con una ilustración del nuevo vapor construído para la flota de los correos de las Antillas, de los *Sobrinos de Herrera*.

En homenajes alagadores reciba el ángel mi ofrenda pura, y entre destellos, ecos y flores vierta la lira cantos de amores y brille el ángel de la hermosura.

A. VIDAURRETA Y ALVAREZ.

No quisiera herir su exquisita modestia relatando los rasgos de caridad que á manos llenas prodiga. Nunca ha tocado á su puerta el infortunio sin salir remediado, ni jamás ha llegado á su casa el pobre sin llevarse ese bendito pan que se llama limosna.

Los representantes de la prensa fueron invitados á un almuerzo, el domingo á bordo del *Maria Herrera*.

Después de una visita de inspección al barco, cuyas pruebas oficiales le acusan un andar de 16 y medio nudos por hora, cuando á los correos de esta empresa sólo se les exigen diez, los visitantes, en número de cincuenta, se colocaron en dos mesas bellamente decoradas, que presidían

el Sr. Blanco Herrera y el Sr. Ventura, bajo cuya dirección se ha construído el buque.

El banquete fué soberbio.

Entre los aplausos que cerraron el brindis oportunísimo del Sr. Triay, se levantó el Sr. Blanco Herrera y en breves y correctas frases, lleno de emoción, dió las gracias á la prensa, por el apoyo que había encontrado siempre en ella la empresa, y por el recuerdo sentido que el Sr. Triay dedicaba al difunto don Ramón Herrera y á su esposa.

Los representantes de los periódicos acordaron remitir, como una distinción, dos ramilletes á las dos esposas de los Sres. Blanco Herrera, y D. Cosme quiso obsequiar á la prensa en las Sras. del Dr. Bustamante y del Sr. Triay, en idéntica forma.

Recogiendo, además, el anfitrión las alusiones que se repitieron á la "Sociedad de Escritores", dijo que aprovechaba la ocasión de que se hallasen allí el Vice Presidente, el Secretario y algunos Vocales, para pedirles que lo contasen como un socio protector, y que desde luego ponía á disposición de aquélla su línea de vapores, para cuanto pudiera necesitar y convenirle. Fué aceptada la oferta con calurosos aplausos.

Mañana, gran fiesta en el *Habana Yacht Club*.

Por la tarde saldrá de la Chorrera un remolcador y de Cojímar el *Clio* con grupos de simpáticas y distinguidas señoritas, invitadas por el señor Guillermo Zaldo á una comida en el *chalet* de la playa de Marianao.

El señor Will, comodoro del *Club*, dará otra comida á numerosas familias de nuestra buena sociedad.

Por la noche se bailará á los acordes de la orquesta á la francesa de Torroella hasta las doce menos cuarto, en que las familias regresarán de la playa en un tren fletado.

La inauguración oficial de la temporada del H. Y. C. se celebrará el próximo domingo 29.

El jueves se bañó en la *Sociedad del Vedado*.

Entre la banda de los Bomberos del Comercio y el indispensable Torroella—en el piano—se cumplió un animadísimo programa, el más deseado por la juventud: el baile.

La concurrencia no podía ser más escogida ni más brillante, como que la *soirée* estaba realzada por las graciosas y distinguidas señoritas María Göbel, Nena Ariosa, Mercedes Montalvo, Tet Mariño, Angelita Guilló, María Isabel Mendoza, Mercedes Romero, María Antonia Calvo, María Morales, y María Du'Quesne.

Una ceremonia que paso á reseñar con placer y gusto: el bautizo de una monísima criatura, hija encantadora de los Sres. Marqueses de la Gratiitud.

La religiosa *fête* se celebró el domingo entre íntimos y familiares, como para sellar con amor aquel acto.

En la residencia de los Sres. Marqueses de la Gratiitud—una hermosa casa del aristocrático Cerro—se levantó el altar,—un altar que convidaba á la oración por la poesía adorable que emanaba de sus rosas, sus blondas y relucientes candelabros.

Los padrinos del nuevo cristiano tuvieron para todos los concurrentes obsequios finísimos: delicadas targetas con el recuerdo del bautizo y elegantes bomboneras, bullentes y sonoras como los besos que cubrieron ese día el hechicero rostro de la neófito, encanto de un hogar feliz.

Con permiso de Mario

ASMODEO

Piqués
Piqués
Piqués

PIQUES
PIQUÉS PIQUÉS

Piqués
Piqués
Piqués

"LA OPERA"

70. GALIANO Y SAN MIGUEL 60

HA RECIBIDO GRAN SURTIDO DE PIQUÉS



- PIQUES rosa, azul, crema y blancos.
- PIQUE de cordón horizontal.
- PIQUE de cordón vertical.
- PIQUE de cordón diagonal.
- PIQUE de flores menudas.
- PIQUE de grano de pólvora.
- PIQUE de dibujos de fantasía.



LA OPERA

70. Galiano y San Miguel, 60

TELÉFONO 1584

Retazos

Voy á dar á V. una prueba de confianza, D. Blás.
—¿Cómo?
—Pidiéndole un duro.
—Y á eso le llama V. dar.

Pensamientos.
El hombre más listo es un inocente junto á la mujer más sencilla.

No hay nada comparable á la frescura que produce una ducha en casa del Dr. Jover, Obispo 75.

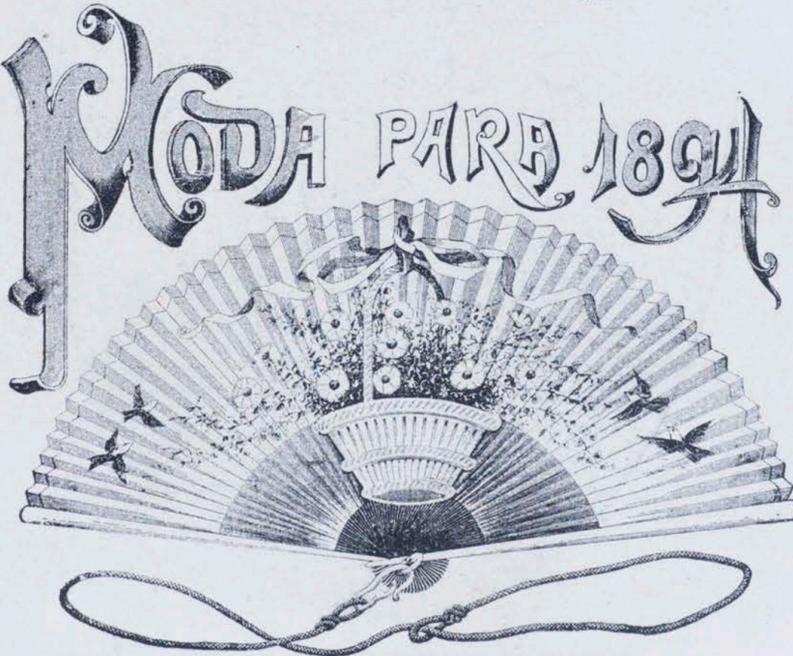
Hay algo peor que la servidumbre: el servilismo.

Un colmo.
El de la castidad.
Un director de colegio hace bañar á sus alumnos con gaban y los ojos tapados con pañuelos, para que no se vean los niños unos á otros en paños menores.

Hoy ya se ha resuelto un problema tan importante como el de la cuadratura del círculo.

Abanico "Bouquet"

PLATEADO



LA COMPLACIENTE

Habana 100

LA ESPECIAL

Obispo 99

EL JAPON

San Rafael 13

Y es el de calzarse con elegancia por poco dinero.
Lo que se consigue comprando los zapatos en la peletería Palais Royal, Obispo esquina á Villegas.

Se ha muerto la suegra de Pelaez, y Pelaez y su mujer ajustan el entierro con un dependiente de la funeraria.

La mujer de Pelaez se obstina en que ha de ser un entierro de primera y el dependiente enseña la tarifa que marca quinientos pesos.

—¡Quinientos pesos! ¿A qué, al fin, tendré que sentir que sentir que se haya muerto?

La "Emulsión de Scott" sintetiza el precepto latino "utile dulci", pues presenta bajo una forma agradable y deliciosa las virtudes nutritivas y reconstituyentes del aceite de hígado de bacalao.

Cochabamba, Setiembre 28 de 1893.

Señores Scott y Browne, New York

Muy señores míos: He encontrado una forma muy agradable para la administración del aceite de hígado de bacalao en la "Emulsión de Scott" cuya reputación benéfica es bien merecida.

De ustedes atto. S. S.
MARIANO A. MONTAÑO.
Cirujano del Hospital Viedma.

La Acacia

GRAN JOYERIA
SAN RAFAEL, 12

Esta casa es la predilecta de la sociedad elegante de la Habana.

El Sr. D. Manuel Cores, socio viajero de La Acacia, visita constantemente los principales centros de la moda europea para enviarnos lo más original y lo más fino.

San Rafael 28



La Acacia

Artículos de fantasía
SAN RAFAEL, 12

Figuras de bronce, estatuillas de terracotta, calamina, lámparas Victoria para gabinetes, juegos de café de plata, jarrones de China, vasos indios.

Recibimos por todos los correos grandes novedades de Alemania, Francia, Austria y Suiza.

Habana